Globethics Repository

La misión de la iglesia [The mission of the church]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Rios, Pastor Roberto E.
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-02-07 04:04:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155904

LA MISION DE LA IGLESIA *

Nos encontramos frente a una situación nueva que debemos reconocer francamente, exige de nosotros una respuesta madura. Por presión de las circunstancias debemos preguntarnos con un sentido nuevo para qué está la Iglesia. ¿Cuál es nuestra misión en la Argentina y Uruguay? Necesidad de precisión, tanto en las definiciones como en la estimación del medio ambiente. Valor relativo de muchas descripciones y estudios que no corresponden a nuestro ambiente rioplatense, importados. Por ejemplo, lo que se escribe y enseña acerca de la urbanización no corresponde siempre a nuestro estadio en proceso de secularización sino a etapas más evolucionadas. El hecho de las grandes ciudades no debe confundirnos con respecto a la ciudad moderna. Rosario de Santa Fe es una ciudad grande, como lo ha sido por muchas décadas, pero como centro comercial y administrativo que es en esencia, dista mucho de la ciudad industrial norteamericana.

A los cambios del mundo que nos rodea, corresponden cambios en la vida interior de la Iglesia, que es menester tener en cuenta.

1. Tenemos menos tiempo para la tarea educativa. No podemos dar por sentado que tenemos toda la vida por delante; que lo que no pudimos hacer este año lo haremos el año próximo. ¡Puede que el año próximo ya no tengamos a esos adolescentes! La adolescencia es cada vez más crítica y violenta, en parte por la agudización de las tensiones entre generaciones, que se reflejan en las relaciones maestro-alumno. Cuando entran en la juventud, solicitados en general por compromisos nuevos, desconocidos para algunos de nosotros los adultos —compromisos sociales, educativos, recreativos, políticos— que obligan a justificar el lugar y el papel de la Iglesia, la que frecuentemente sale perdidosa del cotejo.

2. El cambio social acelerado impone una carga mayor de responsabilidades: el individuo debe decidir entre un rango más amplio de posibilidades. Las instituciones sociales no pueden mantener el ritmo del cambio —convencionalismos, costumbres, autoridad diferente, siempre un paso atrasado. Necesidad de equipar mejor a nuestros niños y jóvenes frente a esta situación.

3. Necesidad de podar nuestro currículum de todo lo accesorio,

* Notas del tema presentado por el pastor Roberto E. Ríos al II Congreso Rioplatense de Educación Cristiana llevado a cabo en Uruguay, noviembre 1-3, 1968.

por más importante que sea, que deriva de lo dicho anteriormente. No tenemos tiempo ni ocasión suficientes para dedicarnos a ilustrar, a informar. Tenemos que capacitarlos. Por eso, necesidad de eliminar la mera acumulación de datos, por más que sean de la historia de la Iglesia o de la Biblia.

4. *Doble necesidad de disciplina.* La cristalización de respuestas habituales, la inercia necesaria para mantener el coche andando entre explosión y explosión del motor: tal la función de la disciplina étnica. Pero no autoritaria ni dogmática.

¿Cuál es la misión de la Iglesia? Para responder a nuestra pregunta, comencemos con un somero examen del concepto de la elección del pueblo de Dios. Primero, el llamado de Abraham (Gen. 12: 1-3). Cuando el deuteronomista reflexiona acerca de ese llamado dice = Deut. 7:6-8. Este pacto con Israel involucra siempre la posibilidad del rechazo. La finalidad de la elección es fundamental: elección funcional, para cumplir una misión: elegidos para servir a toda la humanidad en el nombre de Dios. Sólo el que sirve en obediencia al Dios que lo envía puede considerarse parte del pueblo = 3:9-10.

Ser parte del pueblo es una cuestión que se decide a cada momento. El miembro antiguo puede ser dejado de lado. Tal el sentido de la advertencia de Pablo en I Cor. 10, donde pasa revista a los privilegios de los israelitas —la liberación de Egipto, la compañía de Dios en el desierto, el maná que los sustentó y hasta dice que Cristo mismo los acompañó en ese viaje—. "Sin embargo, la mayoría de ellos no agradó a Dios y por eso quedaron muertos en el desierto... Todo esto les sucedió a nuestros antepasados y fue puesto en las Escrituras como un ejemplo para advertirnos a los que vivimos en estos últimos días. Así pues, el que cree que está firme, que tenga cuidado de no caer." Esta es la correcta manera de leer las Escrituras: ¡poniendo las barbas en remojo! Israel y la Iglesia pueden ser rechazados por amor a la humanidad. Jeremías 26 y las siete cartas del Apocalipsis como ejemplos en uno y otro caso.

La comunidad del Reino no se identifica necesariamente con la institución visible. Es un "happening": la Iglesia sucede; no está, no tiene hogar permanente. Es la Iglesia en la medida que participa de la misión de Dios. Pero la Iglesia sucede en el mundo real y concreto; se expresa por medio de instituciones. No se da sin la institución, aunque no sea la institución.

La misión de la Iglesia no consiste, pues, en trasmitir ideas acerca de Dios o del hombre, o en crear sentimientos de determinada variedad religiosa, o en inspirar un determinado tipo de conducta, o en satisfacer necesidades del individuo (que debe proyectarse, expresarse, completarse) —por más importantes que sean estas tareas— sino esencialmente en servir al propósito de Dios para la humanidad. La historia del pueblo de Dios —antiguo y nuevo— está ubicada entre dos paréntesis que le asignan su valor: los de la actividad de Dios. Esta tiene como meta derribar las barreras que dividen a la comunidad humana (Ef. 1:3-10), hacer un hombre nuevo (Ef. 2:15). Dios ama

al mundo que ha creado y lo perfecciona por medio de Cristo. El es Señor de la creación y de la historia. Lo que está sucediendo en el mundo, pese a toda la ambigüedad propia de la obra humana, responde en última instancia a un designio de Dios. ¡Cuidado con nuestro fácil rechazo de la tecnología! Eliminación del hambre, de la enfermedad, del trabajo bruto, por una parte; pero también trabajo en serie, desocupación, diferencias entre naciones pobres y ricas, totalitarismo. Trepidan los expertos porque saben que el hombre no es digno de fe. "Brave New World", de Aldous Huxley, refleja ese temor a lo que el hombre puede hacer con sus crecientes capacidades para dominar a la naturaleza y al mismo ser humano. Nosotros temblamos tal vez más porque nos engañamos menos con respecto a las posibilidades demoníacas de la humanidad. Pero, en último análisis, la fe cristiana nos provee de una confianza diferente de la nacida del optimismo ciego y de un realismo diferente del pesimismo miope: ¡Jesucristo es Señor! El mundo y la historia tienen un amo.

Vista la cuestión desde otra perspectiva, Dios ha hecho al hombre libre y responsable. Dios se opone a todo lo que roba al hombre de su integridad y obra en favor de su bienestar completo, como lo señalan las curaciones y exhorcismos de Jesús. Jesús corresponde a las realidades básicas de la exigencia. El ha sido vindicado por Dios: así es el hombre; así es la vida. En él, Dios renuncia a la justicia y al poder, y se pone a merced del otro, en el camino del sacrificio. Su resurrección es la señal última de su vindicación, es el "imprimatur" de Dios. Es otra manera de decir que Jesús es el camino, la verdad y la vida, que corresponde a la estructura auténtica de la existencia, a la dinámica que opera en la humanidad.

La atracción que él ejerce nos mueve a entregarnos a su estilo de vida. Su vida y enseñanzas son pautas para nuestras decisiones libres y responsables; son modelos, paradigmas, signos efectivos de un nuevo camino para toda la humanidad. El es el mismo ser de Dios, su presencia entre los hombres, Emmanuel.

La Iglesia vive para recitar, repetir, referir el misterio de Cristo en la compañía de los que creen en él, de modo que su poder se manifieste en los discípulos que viven en el mundo. La tarea de la Iglesia consiste en proclamar, exaltar, precipitar ese misterio. Da testimonio de lo que encuentra en el centro de la historia y en el centro de la existencia, con la esperanza de que ese misterio permée todas las estructuras humanas en virtud de la fuerza intrínseca del amor que se libera cuando se proclama y anuncia el evangelio.

Vale decir que el llamado cristiano a la consagración no es para nuestra salvación sino que nos incorpora en los propósitos de Dios para el mundo. La fe es la disposición de actuar sobre la base de la convicción de que Dios estaba en Cristo.

Para decirlo en una frase, la Iglesia es la comunidad de los creyentes, que reconocen a Cristo como Señor sobre todo principado y poder, renovados constantemente por gracia, liberados de la culpa y del enamoramiento del yo, liberados para servir a otros, dispuestos

a discernir y seguir la dirección del Espíritu en las decisiones que deben tomar.

Si volvemos la mirada a nuestras iglesias, encontraremos enfoques muy diferentes de la misión de la Iglesia. Estamos empleando, a menudo, los mismos términos porque son bíblicos y se nos ha enseñado a respetar la Biblia, pero el contenido que les damos es radicalmente diferente. No nos extrañe que así sea, si tenemos en cuenta la historia de nuestras concepciones básicas. Primero, una distorsión común a todas las ramas de la Iglesia, que deriva del hecho que la reflexión tradicional acerca de la Iglesia se formuló en un período en que el cristianismo había dejado de ser una religión misionera. El Islam había conquistado el norte de Africa y el Cercano Oriente, aislando a la cristiandad occidental de cualquier contacto con Asia y el resto de Africa. Las iglesias orientales, excepto la rusa éstaban en la incómoda posición de minorías apenas toleradas por los musulmanes. En Europa, la minoría del mundo estaba cada vez más comprimida por el avance de los ejércitos del Islam. A su vez, en las naciones cristianas europeas, la Iglesia era de todo el pueblo, simbolizada por el bautismo en masa que había tenido lugar en la época de la evangelización. El templo en la plaza principal de cada pueblo y ciudad como símbolo de esta conversión total.

En esas circunstancias, la Iglesia vuelta hacia adentro. La congregación concebida como la reunión de los fieles. El ministerio, para cuidar del rebaño. La teología: lucha entre diferentes interpretaciones del Evangelio. La historia de la Iglesia concebida como la historia de los conflictos intestinos de la Iglesia, de la lucha contra las herejías. La Iglesia era entonces el departamento de religión de la cultura europea. Este es el telón de fondo tanto de la Iglesia Romana como de las protestantes nacidas de la Reforma del siglo XVI, bajo la amenaza de los turcos. La Iglesia estaba para regir a la sociedad cristiana. El resto del mundo le era ajeno. Pero el proceso de secularización, ya avanzado en el siglo XVI, derrumbaría este estado de cosas. Ahora el mundo gobernado por otros principios y otras convicciones. Y la Iglesia se fue retrayendo al único ámbito que le quedaba gobernable: el de la vida familiar. ¡Noten la virulencia con que todavía hoy se considera un tema como el del control de la natalidad!

Nosotros somos herederos también de la tradición norteamericana. Allí este patrón fue corregido antes de venir a estas tierras. En primer lugar, la frontera. Los Estados Unidos asumieron un proceso de secularización vertiginoso. En ese período no había tiempo que perder. La Iglesia se vio obligada a seguir al colono y aceptar el nuevo papel que éste le asignaba en la nueva sociedad. Ella representaba la estabilidad a la que él había renunciado. Y la competencia entre las sectas hizo imposible concebir al templo como símbolo de la unidad de la comunidad secular.

En segundo lugar, en el sur de los Estados Unidos la estructura social estaba enferma. Basada en una institución repugnante al Evangelio —la esclavitud— esta estructura favoreció al desarrollo del con-

cepto puritano de la justicia —Dios recompensa el fiel cristiano; ergo, la falta de recompensas tangibles denuncia la infidelidad— por parte de los blancos, y el pietismo por parte de los negros, esto es Dios va a recompensar al fiel cristiano algún día, en el más allá. En ambos casos, se establecía un divorcio entre la fe y la vida real.

En el Río de la Plata, la Iglesia Católica Romana se constituyó en representante del status quo, identificada con todas las resistencias al inmigrante del siglo XIX y de comienzos del XX. Para éste, ella constituía el símbolo de todo lo que había dejado atrás en la Europa que no le había ofrecido lo suficiente para colmar sus ambiciones humanas. El proceso de secularización, que se desarrolló paralelamente al de la independencia política, se produjo en divorcio de la Iglesia. Por su parte, los misioneros protestantes fueron atraídos por razones obvias a los movimientos anticlericales que buscaban reproducir en nuestros países el clima de pluralismo religioso que ya imperaba en otras partes del mundo, pero su contacto con el mundo se redujo a la defensa de los intereses comunes a secularistas y evangelistas. Las iglesias protestantes concibieron su misión como la de incorporar la mayor cantidad posible de gente al pueblo virtuoso; como se ha dicho, se establecieron como estaciones de pesca en las orillas del mundo. Asegurado su lugar, aunque precario, en la estructura social rioplatense, se resistieron a los resultados necesarios de la secularización, y se convirtieron en iglesias introvertidas, con sentido de inferioridad, de ser grupos minoritarios, y su polémica agresiva fue la forma de manifestar tales sentimientos.

Pero en el día de hoy, esta presión externa se ha ido reduciendo paulatinamente, ya sea por indiferencia del medio o por la aceptación e incorporación del protestantismo a las estructuras aceptadas de la sociedad rioplatense, lo cual permite la reproducción en nuestro medio de pautas vigentes en los Estados Unidos y Europa. Las iglesias se han reducido al ámbito de la vida familiar y su problemática: sociedades femeninas, trabajo con niños, problemas de relación entre generaciones.

Todo esto hoy en tela de juicio por una generación vuelta hacia las realidades nacionales, que reclaman de la Iglesia una mayor identificación con los problemas concretos de nuestras comunidades, y una traducción efectiva del Evangelio a términos que se compaginen con esas realidades. Es de fundamental importancia que dediquemos tiempo a estudiar el fenómeno de la secularización, de modo que se incorporen sus conclusiones al currículum que ofrecemos a nuestra juventud.